

Algunas posibles salidas del laberinto del desarrollo capitalista

www.sursiendo.com
sursiendo@sursiendo.com

Sursiendo
Comunicación e
Intervención Social

Algunas posibles salidas del laberinto del desarrollo capitalista.

Texto y diseño realizados por *SurSiendo CeIS*. Imágenes con licencias libre y/o pertenecientes al dominio público. Enero de 2013 bajo licencia *Creative Commons*.



Entrada

En las líneas que siguen se pretende trazar un breve repaso por el tema del **desarrollo como concepto que auspicia las crisis actuales**, como un laberinto donde damos vueltas estando siempre perdidos, y se apuntan finalmente tres posibles salidas de él.

El laberinto Peroes una figura geométrica que está presente en distintas culturas desde hace miles de años. Los primeros laberintos con una datación fiable se encuentran en el sur de Europa: aparecieron por primera vez en esta región hace unos cuatro mil años. También se han encontrado vestigios de laberintos en el continente americano en pinturas y lugares de los pueblos inca, maya o navajo, por ejemplo. Tienen distintos significados y funcionalidades (trampas para los malos espíritus, trazados para danzas rituales, superación para los ritos de iniciación, etc.) pero en esencia es **un lugar formado por caminos y encrucijadas**, intencionadamente complejo para confundir a quien se adentre en él.

En la actualidad podemos considerar que nos encontramos en un laberinto global: estamos inmersos en una crisis económica, social, ambiental, ética, política y cultural a escala planetaria, que no tiene fácil salida, y que tal vez cambie el mundo tal y como lo conocemos, o incluso llegue a destruirlo y destruirnos como humanidad. O tal vez no. Decía [Antonio Gramsci](#) en *Cuadernos de la cárcel* que “la crisis consiste precisamente en el hecho de que **lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer**: en este interregno aparece una gran variedad de síntomas mórbidos”.

Hace unos años el francés [Daniel Bensaïd](#) escribió:

No hay que contar cuentos: nadie sabe cómo va a cambiar la sociedad en el siglo XXI. Digamos que se enfrentan dos lógicas: una lógica de solidaridad, de apropiación social, de bienes comunes, y una lógica de competición, de competencia mercantil, etc. Podemos decir que si las cosas siguen por la misma vía, vamos hacia la catástrofe social y ecológica: el

mercado no puede gestionar la temporalidad de la ecología y la renovación natural. Pero eso no quiere decir que la otra vía sea una garantía absoluta y que vaya a resolver todos los problemas.

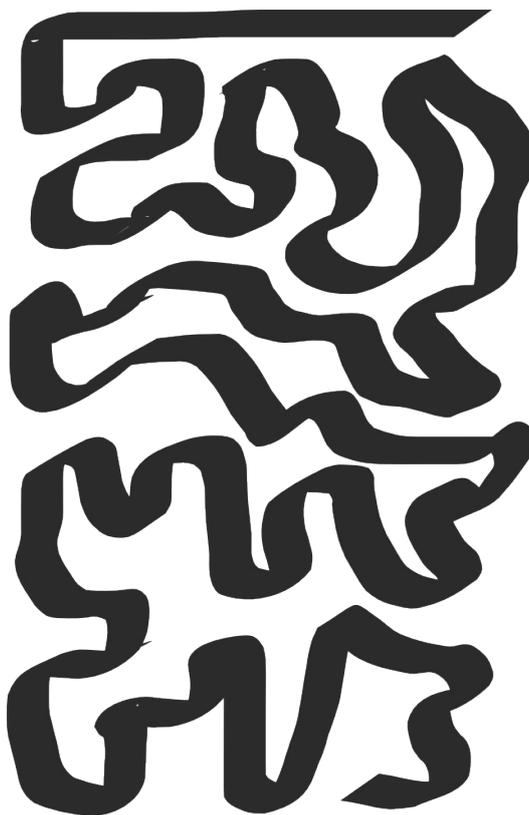
La misma vía que comenta Bensaïd es la que nos tiene sumidos en las crisis globales que no tienen fácil solución. El **mundo está cambiando sí**, pero sin salirse de esa misma vía en términos generales y, más que dejarla, ahonda en sus fundamentos y apuntala lo que el ex presidente de los Estados Unidos, [George W. Bush, dijo en 2008 en un conferencia en el Manhattan Institute](#): “El capitalismo es el mejor sistema jamás diseñado. El capitalismo ofrece a las personas la libertad de elegir dónde trabajar y qué hacer. La posibilidad de comprar y vender los productos que deseen. Para quienes buscan justicia social y dignidad, la economía de libre mercado es el camino a seguir”. Es decir, seguir con lo viejo que es a la vez lo moderno, seguir caminando por el laberinto del sistema capitalista, buscar ahí **esa libertad que nos prometen, a oscuras y desorientadas la más de las veces**.

Pero lo que sí que parece es que el sistema-mundo capitalista muta, por ejemplo haciéndose globalizado, o según los distintos análisis, hacia el Imperio ([Hardt y Negri](#)), la sociedad del riesgo ([Ulrich Beck](#)), la modernidad líquida ([Zygmunt Bauman](#)) o quizás un capitalismo humano (Robert Heilbroner).

Lo que es seguro es que el capitalismo y la globalización **no han tenido efectos saludables para reducir la pobreza en el mundo** y proporcionar bienestar: actualmente el 20 por ciento más rico de la población mundial consume el 86 por ciento de los productos, mientras que al 20 por ciento más pobre le corresponde sólo un 1,6 por ciento. Parecidas cifras se dan en otros rubros, como la producción o el ingreso en un esquema que se le conoce como la [copa de champagne](#) (o el embudo) para expresarlo gráficamente. Esta brecha ha venido aumentando y todo indica que seguirá haciéndolo.

A vueltas con la crisis

Este es uno de los síntomas de la crisis global ya no sólo de un modelo sino del sistema mismo, como lo explica [Immanuel Wallerstein](#) refiriéndose al ciclo actual, que lleva a la propia insostenibilidad del sistema-mundo, el cual colapsará en los próximos lustros **produciéndose una bifurcación aún por conocerse**. Siguiendo estos argumentos, el italiano [Giovanni Arrighi](#) plantea que el sistema económico capitalista tiene grandes ciclos que vienen durando aproximadamente un siglo y han estado caracterizados por tener una potencia económica dominante. En esos ciclos hay una primera fase en la que la economía se caracteriza sobre todo por estar centrado en lo productivo, es decir, basa su crecimiento en la creación de bienes y servicios. Pero en un momento dado, esa economía no ve rentable ese crecimiento y se pasa a incrementar su creación de riqueza basada en la parte financiera y especulativa hasta alcanzar a un punto de zozobra, de caos sistémico, en el cual el sistema se empieza a desestabilizar y llega a su fin. Han habido **cuatro grandes ciclos del capitalismo, cada uno con una potencia hegemónica**: el hispano-genovés, el holandés, el británico y el estadounidense, en el que estamos viviendo y que parece que está llegando a su fin, por lo que para algunos autores estamos ya en “el final de un ciclo sistémico de acumulación estadounidense”.



Con los datos que se tienen actualmente se podría pensar que entraríamos en un nuevo ciclo dominado por China, siguiendo las dinámicas económicas globales del sistema-mundo. Pero la diferencia es que en los anteriores inicios de ciclo, las potencias hegemónicas habían emergido con más territorios bajo sus dominios, más ámbitos de

la vida bajo su lógica de mercado y, en definitiva, más procesos de acumulación que se traducen en más consumo de materia y más consumo de energía. Aún así **para Wallerstein el colapso está cerca**: los poderes económicos que controlan el sistema-mundo se concentran cada vez en menos manos; se capitalizan cada vez más ámbitos de la vida antes no expuestos a la lógica económica; se produce vaciamiento del poder del Estado-nación de su labor social y aumento de su poder de control, hay mayor represión y violencia contra la sociedad; la desruralización que empuja a la migración masiva; existen mayores diferencias entre Norte y Sur (más en términos de clases que geográficos); crece la desconfianza en la ciencia y en los movimientos sociales tradicionales; la expansión constante de la producción y de la población mundiales agota recursos y la capacidad de asimilar desechos; se deterioran la producción de alimentos y la salud, etc. Lo que viene por delante es “un **lapso en el que virtualmente todo puede pasar pero nada puede hacerse con plena seguridad y certeza de éxito**”, en palabras de Zygmunt Bauman, y más porque estamos hablando de sistemas complejos, que pueden tener un grado de variabilidad grande, o muy grande, especialmente cuando alcanzan puntos de ruptura, es decir, esas bifurcaciones que alteran todos los equilibrios.

El antropólogo indio [Arjun Appadurai](#), a pesar de transmitir cierto optimismo sobre la globalización, analiza que, sobre todo desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, **ha aumentado la violencia a gran escala**, lo que induce a una mayor incertidumbre social porque borra sistemáticamente los límites entre los espacios y tiempos de la guerra y de la paz. Es lo que Negri y

Hardt aclamarían por su parte como la demostración palpable del Imperio. En el mundo global encontramos la ampliación de la brecha entre ricos y pobres, fuertes cuestionamientos a la estructura Estado-nación y el temor social a la exclusión, según Appadurai, y que se asemeja a la situación de *modernidad líquida*, propuesta por Bauman.

Precisamente en el libro *Modernidad líquida*, Bauman aborda su tesis central de que la “modernidad sólida” (capitalismo industrial, Estado-nación, partidos y sindicatos fuertes, familia patriarcal, etc.) ha dejado paso en las últimas décadas a una “modernidad líquida”, en la que todas las relaciones sociales se han vuelto fluidas e inestables. El capitalismo globalizado ha impuesto la desregulación, la flexibilización, la liberalización, la privatización. La consigna universal es “hágaselo usted mismo”. Se exige a los individuos que busquen “soluciones biográficas a las contradicciones sistémicas” (Ulrich Beck). **Se desanudan los vínculos de mutua responsabilidad entre el individuo y la comunidad.** Los problemas públicos se privatizan y los privados colonizan el espacio público. La crisis de lo político es el resultado de este proceso de privatización de todos los asuntos públicos, inducido por la expansión mundial del capitalismo neoliberal y por el debilitamiento del Estado de bienestar, allí donde lo hubo. Pero este triunfo de la privacidad suscita al mismo tiempo un sentimiento generalizado de inseguridad y provoca como efecto



bumerán la violenta cristalización de la búsqueda de seguridad y de refugio en “comunidades” cerradas y excluyentes.

Por contra, para Antonio Negri y Michael Hardt en la

actualidad “el imperio se está materializando ante nuestros propios ojos”, frase con la que comienzan el libro *Imperio*, cuya premisa principal plantea que la era del imperialismo está superada y ahora vivimos en la era del llamado Imperio. Los autores han intentado demostrar que el sistema capitalista ha ido más allá de la etapa imperialista y ha entrado en una nueva fase que se puede definir como imperial. Para ellos la noción de Imperio ofrece la mejor descripción de lo que hay de más novedoso en esta época: la transferencia de soberanía que se opera desde los estados hacia los organismos supranacionales, la desterritorialización de las fuerzas dominantes. El Imperio son las instituciones internacionales, las firmas transnacionales, los flujos financieros, las ONG, las mafias, las internacionales terroristas; sería correcto decir, como hace Negri, que la sociedad moderna es una sociedad realmente globalizada, que el capitalismo ha alcanzado tal nivel de expansión que es capaz de extender sus tentáculos a cada rincón y grieta del planeta. EEUU no es la cabeza del Imperio sino sólo un componente muy específico de él, por lo tanto cuando actúa, sea militar o económicamente, lo hace, supuestamente, en interés del Imperio.

La libertad de colapsar

A lo largo del siglo XX, y sobre todo con la caída del bloque socialista, se pasó de la subordinación de la economía a la política a su contrario: **la primacía de la economía sobre la política** y sobre todos los demás ámbitos de la vida, un postulado que ha calado hondo en la sociedad y sus representantes. De esta forma ha engendrado en el mundo una posición **individualista, cortoplacista y antropocéntrica**, heredada de la filosofía moderna occidental, que son los ejes centrales del capitalismo actual, por lo tanto son los trazados del laberinto en el que nos encontramos y que nos llevan todos al abismo. Entonces, ¿cuál es la libertad que nos ofrece el capitalismo?

La libertad del mercado ha sido ampliamente teorizada y defendida desde el siglo XVIII, con [Adam Smith](#) y posteriormente [David Ricardo](#), pero

que el siglo pasado ha culminado con el **neoliberalismo a ultranza** basado en los argumentos de [W.W. Rostow](#), [Friedrich Hayek](#) y sobre todo de [Milton Friedman](#) como respuesta al **keynesianismo**. Esta es una libertad propugnada como limitación del papel del Estado y para extender la iniciativa privada a nivel global mediante políticas monetarias y fiscales restrictivas, desregulación y privatización, sin tener en cuenta la libertad social, ni los límites del planeta, ni el punto de partida desigual: la acumulación originaria que recogió Karl Marx y el posterior expolio colonial.

El neoliberalismo “destruye todas las falacias discursivas de la ideología capitalista: en el nuevo orden mundial no hay ni democracia, ni libertad, ni igualdad, ni fraternidad”, decía en 2007 el [Subcomandante Marcos](#), porque estamos, efectivamente, ante una forma de fundamentalismo que consagra como ideal supremo e intocable a instituciones que generan sólo ilusiones de democracia y convierten la vida en mercancía, arrasando el planeta en una suerte de **neo-extractivismo biopolítico**. El español [Fernández Durán](#), haciendo “política-ficción” sobre análisis bien fundamentados, pronosticó

la quiebra del actual Capitalismo Global, que es bastante posible que no se prolongue más allá de dos décadas, y que en su forma actual de Capitalismo Global multipolar no dure quizás ni hasta la siguiente década (2020-2030). Es más, puede que el actual Capitalismo Global estalle en dichos años en un conjunto de “nuevos capitalismos regionales” planetarios, fuertemente autoritarios y conflictivos entre sí, en el que se difumine su dimensión mundial actual a un carácter meramente residual. (...) El Capitalismo Global no tiene un plan B energético alternativo a la energía fósil factible ni disponible, y es por tanto absolutamente dependiente de la misma. Es por eso por lo que, a partir de 2025, o como mucho 2030, y quizás antes (2020), el declive del carbón disponible, explotable y apropiable profundizará el declive energético fósil de

manera mucho más brusca, pues los tres declives fósiles parciales (los de petróleo y gas ya por entonces muy agudizados) se sumarán y reforzarán unos a otros, activando el progresivo desmoronamiento de las Sociedades Industriales, al faltarles la savia que las hace viables.

El laberinto se derrumba con nosotros dentro, caminando cada vez más hacia su interior, buscando rutas alternativas, pero siempre siguiendo la flecha que indica “desarrollo”.

¿Desarrollo o barbarie?

Para comenzar a tratar el tema del desarrollo, comencemos con un pequeño cuento, **una especie de fábula moderna**:

Historia ambientada en un pueblo de la costa mexicana:

Un paisano está, medio adormecido, junto al mar.

Un turista norteamericano se le acerca y entablan conversación.

El turista le pregunta:

—”Y usted, ¿a qué se dedica? ¿En qué trabaja?”.

El mexicano responde:

—” Soy pescador”.

—”¡Vaya, pues debe ser un trabajo muy duro! Trabajaré usted muchas horas”.

—”Sí, muchas horas”, replica el mexicano.

—”¿Cuántas horas trabaja usted al día?”.

—”Bueno, trabajo tres o cuatro horitas”.

—”Pues no me parece que sean muchas. ¿Y qué hace usted el resto del tiempo?”.

—”Vaya. Me levanto tarde. Trabajo tres o cuatro horitas, juego un rato con mis hijos, duermo la siesta con mi mujer y luego, al atardecer, salgo con los amigos a tomar unas cervezas y a tocar la guitarra”.

El turista norteamericano reacciona inmediatamente de forma airada y responde:

—”Pero hombre, ¿cómo es usted así?”.

—”¿Qué quiere decir?”.

—”¿Por qué no trabaja usted más horas?”.

—”¿Y para qué?”, responde el mexicano.

—“Porque así al cabo de un par de años podría comprar un barco más grande”.

—“¿Y para qué?”.

—“Porque un tiempo después podría montar una factoría en este pueblo”.

—“¿Y para qué?”.

—“Porque luego podría abrir una oficina en el distrito federal”.

—“¿Y para qué?”.

—“Porque más adelante montaría delegaciones en Estados Unidos y en Europa”.

—“¿Y para qué?”.

—“Porque las acciones de su empresa cotizarían en bolsa y usted se haría inmensamente rico”.

—“¿Y para qué?”.

—“Pues para poder jubilarse tranquilamente, venir aquí, levantarse tarde, jugar un rato con sus nietos, dormir la siesta con su mujer y salir al atardecer a tomarse unas cervezas y a tocar la guitarra con los amigos”.

Valga como ilustración esta historia para comenzar la **crítica al desarrollo**. En primer lugar hay que decir que a lo largo del siglo XX el concepto de [desarrollo](#) se ha equiparado a *desarrollo económico*, que viene a ser “la capacidad de países o regiones para crear riqueza a fin de promover y mantener la prosperidad o bienestar económico y social de sus habitantes”. Y en la actualidad se hace el trasvase a *desarrollo capitalista*, sobre todo desde que en 1949 el entonces presidente de Estados Unidos, Harry Truman, pronunciase [su famoso discurso](#) que incluía el apelativo **países subdesarrollados** para definir a un conjunto de países de América Latina, África y Asia, y poner sobre la mesa la supremacía de su país como ejemplo a seguir. Así, la nueva conceptualización de los países del llamado ‘tercer mundo’ estaba anclada a un modelo económico al que podrían aspirar y alcanzar. Al respecto, también la Comisión Económica para América Latina (Cepal) y [Raúl Prebisch](#) cayeron en la trampa y homologaron al desarrollo con desarrollo económico capitalista.

En alguna ocasión ya se había utilizado el **término desarrollado para indicar el estadio a alcanzar,**

pero fue en ese discurso en el que logró la notoriedad que marcaría un antes y un después en la política económica a aplicar. Desarrollo también fue utilizado desde entonces como sinónimo de crecimiento, extrayendo sus bases de las ciencias naturales, **dándole esa legitimidad científica casi incontestable** que caló profundamente en la sociedad, y del que se valieron algunos teóricos como Rostow, en Las etapas del crecimiento económico. Como dice el politólogo [Carlos Taibo](#), “en la percepción común, en nuestras sociedades, el crecimiento económico es, digámoslo así, una bendición. Lo que se nos viene a decir es que allí dónde hay crecimiento económico, hay cohesión social, servicios públicos razonablemente solventes, el desempleo no gana terreno, y la desigualdad tampoco es grande. Creo que estamos en la obligación de discutir hipercríticamente todas éstas”. Y en seguida pone el ejemplo de China, la gran potencia emergente, preguntándose “¿Alguien piensa que en China hay hoy más **cohesión social** que hace 15 años?”

Así, en el año 1949 **dos mil millones de personas se convirtieron de repente en subdesarrolladas**, “dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se metamorfosearon en un espejo invertido de la realidad de otros, un espejo que los empequeñece y los envía al final de la cola, un espejo que define simplemente su identidad -que es en verdad la de una mayoría heterogénea y diversa- en los términos de una estrecha y homogeneizadora minoría”.

Por ello las teorías socio-económicas que quieren explicar la salida del subdesarrollo en la búsqueda de otro desarrollo, desde el Sur o desarrollo endógeno o desarrollo sustentable, etc. no pueden escapar a la premisa impuesta por los poderes del Norte y **es imposible salir de esa condición dada**. Para aquellos que hoy suman más de dos tercios de la población mundial, pensar en el desarrollo -en cualquier tipo de desarrollo- requiere la previa percepción de sí mismos como subdesarrollados, con toda la carga de connotaciones que conlleva. Hoy, para la gran parte de la población del planeta, el subdesarrollo es **una amenaza que ya se ha cumplido**, una experiencia vital de subordinación y

de extravío inducido, de discriminación y de subyugación. El concepto de desarrollo y las políticas que impulsó confirieron hegemonía global a una genealogía de la historia puramente occidental, robando a las gentes y pueblos de distintas culturas la oportunidad de definir las formas de su vida social.

Como analiza [Gustavo Esteva](#), traída desde las ciencias naturales la palabra desarrollo traída desde las ciencias naturales siempre implica un cambio favorable, un paso de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, de lo peor a lo mejor. La palabra indica que uno lo **está haciendo bien porque está avanzando** hacia una meta deseada en el sentido de una ley universal necesaria, ineluctable. Convirtió la historia en un programa, un destino necesario e inevitable. El modo industrial de producción, que no era más que una forma social entre muchas, se transformó por definición en el **estadio terminal de una evolución social unilineal**, y se extendió una obsesión general, a cualquier coste, por la industrialización, el consumo y por el crecimiento del PNB.

Gracias a la publicidad, el crédito y la caducidad de los productos, la búsqueda del crecimiento económico facilita el asentamiento del llamado **“modo de vida esclavo”**, que nos hace pensar que seremos más felices cuantas más horas trabajemos, más dinero ganemos, y sobre todo, más bienes consumamos. Es seguir de lleno en el **laberinto del desarrollo** (del que escapaba todavía el pescador del cuento) que sólo admite los términos económicos dejando fuera los sociales, los culturales, los afectivos, etc. si no pueden ser traducidos directamente en dinero.

Pero el desarrollo capitalista, el crecimiento económico, lineal, ascendente siempre, hasta el infinito, no contempla los límites naturales del planeta. Genera agresiones ambientales que en muchos casos son, literalmente, irreversibles y provoca el agotamiento de los recursos que no van a estar a disposición para las generaciones venideras. Así que podemos concluir que el



desarrollo es barbarie, la zanahoria que nos ponen delante para no parar de caminar.

Una de las crisis: la ambiental

Centrándonos sólo en una de las graves crisis que genera el transitar por el **laberinto del desarrollo capitalista**, podemos comenzar con la metáfora que proponía el filósofo greco-francés [Cornelius Castoriadis](#) para actuar como lo harían **unos padres dirigentes**: imaginemos que a unos padres le anuncian que su hijo sufre una grave enfermedad, entonces pensaremos que esos padres sólo pueden reaccionar de una manera sensata: harán lo imposible por colocar a ese hijo en manos de los mejores médicos, que determinen si ese diagnóstico es certero o no, y actuar en consecuencia; esos padres no reaccionarían diciendo “si es posible que nuestro hijo tenga una gravísima enfermedad también es posible que no la tenga”, quedándose entonces a la espera sin hacer nada. Esta segunda actitud es la que adoptan las sociedades actuales y sus representantes políticos ante el colapso ambiental al que nos encaminamos, **mirando hacia otro lado sin reaccionar convenientemente**.

La crisis ambiental global es de tal magnitud que ya hemos pasado el umbral de la sostenibilidad y sólo

nos queda enfrentarla esperanzados en la resiliencia de los ecosistemas que nos cobijan y que tanto hemos dañado. Es paradójico que en plena crisis, en lugar de pensar y actuar con criterios ecológicos, continuemos aferrados al **modelo extractivista de explotación** de bienes naturales naturales, sean éstos minerales, hidrocarburos, pesquerías, bosques o agua, todo ello en su versión neo: más urgente, más integral y más dañina. Parece que hemos decidido perpetuar la forma de la economía noratlántica creada en el siglo XVI, y que la única opción en el siglo XXI es seguir extrayendo y desechando, sin pensar.

El **ejemplo del calentamiento global** es sintomático: según los científicos es ya irremediable que en 2100 el planeta aumente en 2°C su temperatura, y seguramente será aún mayor el incremento, lo que hará que muchos ecosistemas mueran, que haya mayores crisis hídricas y de hambrunas, que aumenten la desertización y las enfermedades tropicales, entre otras graves consecuencias. Pero ahora mismo ya se están sufriendo graves problemas a causa del cambio climático, con el aumento de las sequías y las inundaciones, ambos problemas ambientales que inciden en la economía y la salud. Y mientras tanto, los representantes políticos sólo se ponen de acuerdo en sacar provecho económico de ello, con el pago de servicios ambientales, los mercados de carbono y demás mercantilización de las funciones de la naturaleza, y a esperar. En ningún caso se ha decidido **parar el sistema de producción, transporte y consumo** que es la causa principal del cambio climático. Desde las altas instancias el sistema no se cuestiona, sólo se modifica levemente con maquillaje verde, o directamente se niegan las causas.

Para [Fernández Durán](#) ya estamos en el Largo Declive de la Civilización Industrial, que durará no sólo el resto de las décadas del siglo XXI, sino probablemente doscientos o trescientos años, pero que ya estamos a puertas de sufrir por el progresivo agotamiento de los combustibles fósiles o el principio del fin de la era de la energía barata, pero también los límites ecológicos planetarios, tanto de

inputs (agotamiento de recursos) como de outputs (saturación y alteración de los sumideros) planetarios, lo que está implicando una catástrofe ecológica sin precedentes en la Historia de la Humanidad.

Posibles salidas

Apunto aquí tres de entre muchas otras que se están impulsando, muchas de ellas con raíces en el marxismo, el anarquismo, los saberes tradicionales, el ecologismo, etc.



Decrecer para sobrevivir

Según Vicente Honorant, “el decrecimiento es una gestión individual y colectiva basada en la reducción del consumo total de materias primas, energías y espacios naturales”; con este vocablo se quiere **provocar un debate sobre el dogma del crecimiento**, porque ataca la raíz de la mayoría de nuestros problemas: la búsqueda del crecimiento continuo. El decrecimiento deviene entonces el caballo de Troya de una “guerrilla epistemológica” ([Serge Latouche](#)) que deconstruye lo implícito en todos los discursos sociales, narcisistas, mediáticos, institucionales, militantes y políticos que predicán el **crecimiento ilimitado de la economía inventada**.

Quienes postulan el decrecimiento hacen frente a varios malentendidos que siempre gustan de aclarar, por ejemplo: que el decrecimiento sí **es una propuesta anticapitalista** ya que la aspiración es salirse del cauce que marca del desarrollo ascendente y lineal y de las relaciones sociales que

establece; que la propuesta del decrecimiento aspira a que se pare la máquina en el Norte y no tanto en el Sur, pero que sus habitantes aprendan de los graves errores del Occidente urbano-industrial y se encaminen en un rumbo distinto al del Norte, que es un callejón sin salida; finalmente, que cualquier proyecto de decrecimiento sensato implica por necesidad un proyecto paralelo de **redistribución radical de los recursos y contestación activa a la lógica del capitalismo.**



Frente al discurso dominante que nos sigue diciendo que los problemas deben resolverse sin dañar los “intereses” de nadie, desde los postulados del decrecimiento se propugna que **hay que atentar contra los intereses** de aquellos que apropiándose y utilizando los recursos de la mayoría están poniendo en peligro a la humanidad. La base del decrecimiento es no sólo la reducción de los niveles de producción y consumo, principalmente de los países del Norte, sino también **una reconfiguración radical de las sociedades sobre la base de principios y valores muy diferentes a los del capitalismo**, que podrían ser: 1) la primacía de la vida social frente a la lógica de la producción, del consumo y de la competitividad, 2) el fomento del ocio creativo frente al ocio siempre vinculado con el consumo, 3) el reparto del trabajo, 4) una apuesta decidida por la reducción del tamaño de muchas de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte, 5) la reivindicación de lo local frente a lo global en un marco de recuperación de la democracia directa y de la autogestión, y 6) la sencillez y la austeridad voluntarias.

Este es un proyecto lanzado para remover conciencias y prácticas, ya que como dice uno de los ideólogos del decrecimiento, Serge Latouche, “el decrecimiento, como tal, no es verdaderamente una alternativa concreta; sería, más bien, la matriz que daría lugar a la eclosión de múltiples alternativas. Evidentemente, cualquier propuesta concreta o contrapropuesta es a la vez necesaria y problemática”.

Buen Vivir

Otra salida que se está construyendo para abandonar el laberinto del desarrollo capitalista es la del Buen Vivir, la cual es en palabras de [Eduardo Gudynas y Alberto Acosta](#) “una reacción y también una mirada al futuro”.

Los pueblos indígenas de América Latina proponen una visión cosmogónica basada en **una relación equilibrada entre humanidad, naturaleza y universo**, frente a la forma de pensamiento occidental basado en lo antropocéntrico, es decir, donde el individuo, lo privado y la economía de mercado rigen el desarrollo de la vida, reduciendo el bienestar humano al consumo material. Esta visión viene del *sumak kawsay* kichwa, el *suma qamaña* aimara y el *sumak kawsay* quechua y se ha traducido al español como buen vivir y que en definitiva es el bienestar comunitario. En la región maya se le ha denominado *lekil kuxlejal* a una concepción similar de aspiración vital en colectivo.

El sistema económico capitalista impuesto a los pueblos latinoamericanos **ha minimizado sus capacidades** porque estos pueblos han generado desde hace cientos de años formas propias de conceptualización de la economía y la manera de ver el desarrollo de la vida en general, pero Occidente, como expresa el dirigente hondureño Lorenzo Tinglass, “a la riqueza de los pueblos indígenas le llamaron pobreza para poder explotarlos”.

El Buen Vivir **cuestiona las bases conceptuales**

del desarrollo como la creencia en un proceso lineal universal o la necesidad inevitable de destruir la naturaleza. Se incorporan saberes tradicionales que estaban subordinados, se cuestionan los trasplantes culturales, y se abren las puertas a nuevas ideas sobre las relaciones entre sociedad y naturaleza, o sobre la pobreza y el bienestar. La propuesta del Buen Vivir es un campo de ideas en construcción y no es un simple regreso a las ideas de un pasado lejano, sino la construcción de otro futuro posible y necesario.

El buen vivir ofrece una orientación para construir colectivamente estilos distintos y alternos al progreso material. En ese sendero es clave **la ruptura con la ideología del desarrollo como progreso**. El buen vivir apunta a “desacoplar” la calidad de vida del crecimiento económico y de la destrucción del ambiente. Por estas razones, es un concepto que se cimienta en un entramado de relaciones, tanto entre humanos como con el ambiente, en vez de una dualidad que separa a la sociedad de su entorno y a las personas entre sí.

Como apuntaban algunos autores, el impulso del Buen Vivir por parte del Estado-nación (Bolivia y Ecuador) está lleno de contradicciones, ya que no se abandona el modelo exportador e incide en el neo-extractivismo, propicia la violación de los Derechos de la Pachamama y de los pueblos indígenas – y los derechos democráticos ciudadanos de participación informada en la toma de decisiones. **El Buen Vivir no es en absoluto una política pública** que se encamine hacia ese horizonte alternativo, apunta Gustavo Soto, ya que está fundado en la reciprocidad más que en el mercado, en la identidad cultural más que en la homogeneización, en la decisión asamblearia más que en el mecanismo electoral, en su autonomía *de facto* y en su relación con el “territorio” que no es la “tierra” -factor de producción- sino justamente una totalidad del sistema de relaciones. “Se trata de un necesario cambio de paradigma”.



Bienes Comunes

La última propuesta de salida a la crisis sistémica que aquí señalamos, menos conocida pero que está estudiándose y difundiéndose con fuerza en los últimos años, es la de los *commons*, bienes comunes o **procomún** (en español).

En su momento Karl Marx estudió la [acumulación originaria](#) y explicaba que el capitalismo se basó en el despojo (cercamiento y privatización) de las tierras comunales de la Gran Bretaña desde el siglo XV, y a lo largo de los siguientes siglos el sistema ha ido apropiándose de cada vez más *commons*, que pertenecen a la humanidad, para hacer negocio con ellos.

La premio Nobel de Economía de 2009 [Elinor Ostrom](#) puso en los años '90 de nuevo sobre la mesa este tema con su trabajo sobre los bienes comunes, “su **análisis de la gobernanza económica**, especialmente de los recursos compartidos”. Frente a [La tragedia de los bienes comunes](#), de Garrett Hardin, en el que argumentaba que los individuos miran siempre por sus propios beneficios por lo que un recurso finito será mejor gestionado de manera privada. Esta visión que dice que los individuos son incapaces de gestionar de forma eficiente los recursos comunes ha sido aceptada durante décadas como axioma de la economía y sin embargo los estudios de Ostrom demostraron que los individuos usan colectivamente normas sociales e instituciones formales e informales, para gestionar recursos comunes con mejores resultados que si lo hicieran

por separado. La politóloga hizo un gran aporte para romper con esto y sugirió que en condiciones de escasez **las estructuras colaborativas pueden ser más eficientes que el individualismo propietario**. Sus conclusiones, basadas en estudios sobre recursos como pesquerías y agua, son especialmente pertinentes para entornos de nuevas tecnologías, explicando Internet o el software libre, y fueron concretas para el caso de la investigación científica y las publicaciones académicas.

Ostrom identificó **una serie de principios para “garantizar” el éxito en la gestión de bienes y recursos comunes**: los límites del grupo están claramente definidos; las normas de uso de los bienes colectivos se ajustan a las necesidades y condiciones locales; la mayoría de individuos afectados por las normas de uso pueden participar en su modificación; el derecho de los miembros de la comunidad para diseñar sus propias normas debe ser respetado por las autoridades externas; la comunidad crea y controla un sistema de supervisión de la conducta de sus miembros; existe un sistema de sanciones; los miembros de la comunidad tienen acceso a mecanismos de resolución de conflicto a bajo coste.

Así los procomunes encierran en su esencia un bien común, una comunidad asociada a él y un modo de gobernanza. Tres elementos que son insustituibles e inalienables. Lo **procomún sería entonces la forma de producir y gestionar en comunidad bienes tangibles e intangibles**, cuyo dueño no es único sino que nos pertenecen a todos y a nadie a la vez. Aquellos bienes y modelos que heredamos o creamos libremente y queremos que permanezcan así para las posteriores generaciones. Espacios en los que todas las partes implicadas deberían tener acceso, participación y compromiso para asegurar su existencia. Ninguno de estos tres elementos son únicos y hay tantas posibilidades dentro de cada uno de ellos como formas de combinarlos. Todo procomún va indisolublemente acompañando por un modelo de gestión colectiva y colaborativa humana y con el medio, son procesos de vida social y cultura política que necesitan ser ejercidos en comunidad. Construcciones horizontales que

permiten aprender en la práctica conjuntamente. **Los procomunes son creados y recreados a base de experimentación, sostenibilidad y compromiso cooperativo**. A base de crear mundos comunes y posibles.

Evidentemente el tema de los bienes comunes no es algo nuevo, pero con la amenaza de que el sistema-mundo va a por todo lo que pueda comercializar y sacar beneficios (agua, aire, bosques, arte, cultura, conocimiento, genoma, etc.) el peligro es grande y recuperar ideas que ya han estado (y aún están) **presentes en muchas partes del mundo reactualizándolas** a las circunstancias de hoy en día se hace necesario. “La mega crisis mundial está empujando al capitalismo a una irreversible mutación. Y el poscapitalismo es sorprendentemente parecido a aquel precapitalismo de la América indígena”, escribe [Bernardo Gutiérrez](#) antes de hacer recuento de algunos términos y prácticas colaborativas de los pueblos indígenas americanos, como el tequio, el potlatch, la guelaquetza, la minga, la maloka, etc. Se trataría entonces de aprender de otros procesos que ya existieron y existen, reacomodarlos a las nuevas situaciones o remezclarlos, pero siempre siguiendo la misma filosofía de respeto y riqueza común.

“En la tradición formulada por Hegel, la sociedad económica de los individuos socializados como propietarios privados **imponen su racionalidad mercantil sobre la racionalidad comunitaria de la sociedad natural**”, nos comparte [Gustavo Esteva](#), “y con ella se establece también la premisa política que Hegel formuló en 1820: esos individuos no pueden gobernarse a sí mismos; alguien tiene que gobernarlos. Esta premisa ha gobernado la teoría y la práctica política de los últimos 200 años”. Ya está siendo hora de salir de esa concepción de minoría de edad de la humanidad para entrar en espacios de co-labor, co-creación y co-responsabilidad de nuestras propias vidas.

Conclusiones de salida

Como hemos remitido en este texto, el **desarrollo neo-extractivista**, clave en el proceso capitalista en el sistema-mundo actual, está llevándonos una y otra vez a un callejón sin salida. Las propuestas aquí presentadas son algunas de muchas otras que quieren hacer un boquete en la pared del laberinto capitalista para salirse de él completamente, romper con dinámicas destructivas y sus lógicas basadas en *cantos de cisne* de reformas posibles, en las que mucho tiene que ver el mantenimiento de la estructura de Estado-nación, que tanto ha servido para perpetuar el sistema. Estas propuestas van a la raíz del problema y **plantean cambiar esa lógica**, esa filosofía sobre la que se sustenta la destrucción y el despojo.

Ya decía **Andrés Aubry** en 2006 que “estos tiempos terribles generalizados dibujan una crisis, donde nada funciona porque ya nada puede funcionar como antes; pero ya se divisa un después pero ese después no va a llegar solo, caído del cielo”. Asistimos, apuntó Esteva en su carta, al **desmoronamiento rápido de varias certidumbres** como el desarrollo, el progreso, las profesiones, el Estado, la política, la estabilidad financiera, la economía capitalista y la economía en general. Y ¿qué decir de la seguridad, tanto la física y personal, como la “epistémica”, es decir la del conocimiento? Esto engendra una situación extremadamente peligrosa, pero también **oportunidades insospechadas**.

Por su parte **Raúl Zibechi** cree que los movimientos tradicionales de la izquierda, lo mismo que los nuevos movimientos sociales, parecen paralizados “porque el mundo en el que nacieron y crecieron está desapareciendo rápidamente”. Y subraya que “no se trata de cambiar el mundo, como si fuera algo externo a nosotros, **sino de cambiarnos con el mundo**.” Finalmente, también insiste en la idea al sostener que “**ni el capitalismo ni el sistema-mundo caerán solos**”, que “necesitamos desmantelarlos” y que “si lo conseguimos caeremos con ellos”. “Sería

vanidoso –concluye Zibechi– pretender que podemos salvarnos por el solo hecho de creernos revolucionarios”.

[@SurSiendo](#)

